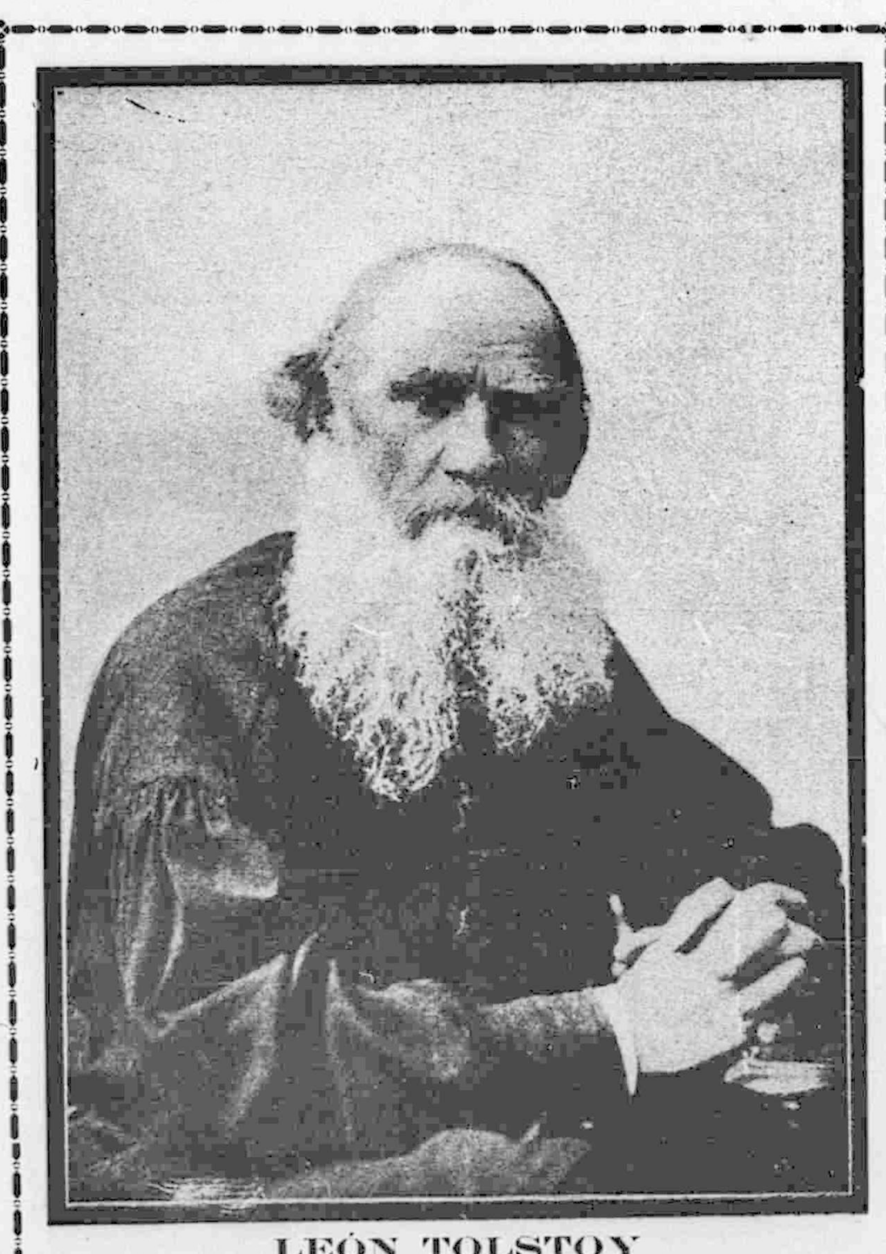
Vía Libre

Publicación Mensual de Crítica Social

ABRIL
1920
Año 1. – Núm. 7



LEÓN TOLSTOY

EL ULTIMO CRISTIANO

PRECIO 0.20 CTS.

VIA LIBRE

Publicación mensual de crítica social

Dirección y Administración: Azcuénaga 16 — Director: Santiago Locascio

Año I. | Buenos Aires, Abril de 1920 | Núm. 7

LOS REVOLUCIONARIOS

Allá van, en silencio, lentamente,
los revolucionarios escoltados
por dos largas hileras de soldados,
grabada la altivez sobre la frente.

Caminan cabizbajos, tristemente...
Piensan quizás en esos desgraciados,
esa inmensa legión de esclavizados
a quienes la Miseria hinca su diente.

La chispa de la idea redentora
brotó en sus abnegados corazones,
soñando en las venturas de otra aurora.

No importa que hoy sus ansias libertarias
se compriman en lóbregas prisiones:
¡esa Aurora vendrá para los parias!

Benjamín Velasco Reyes.

No nos importa saber si los presos hayan o no fabricado granadas, lo que nos importa es que ellos son compañeros nuestros, y que están presos.

Por eso y por lo demás... es que protestamos contra sus calumniadores y negadores.

"La Vanguardia", órgano de los modernos jesuítas, los políticos socialistas, les llama agentes policiales o instrumentos políticos, y algunos afines insinúan imbécilmente la existencia de provocadores.

Sea o no esta conducta, política maquiavélica, no nos interesa saberlo. Sólo decimos que todo esto nos repugna y nos irrita.

Ante la actitud camaleóntica de estos fariseos, nosotros afirmamos que todos los presos son nuestros hermanos.

Y como tales nos solidarizamos con ellos tanto en el dolor como en el placer.

Salud, pues, hermanos...

APUNTES

Preséntase en el horizonte social un individuo triunfante. Es un milonario improvisado; un artista cubierto de laureles; un literato, dramaturgo o poeta hastiado de aplausos, un cantante inimitable, un comerciante afortunado, un industrial cuyos prodigios pregona la fama. ¡Estos sí que viven bien! Tener millones, recibir aplausos, coronarse de laureles, ¡qué gran cosa debe ser!

El espectador indiferente, que no ha entrado todavía en batalla, figúrase que todo el cielo social se compone de estos seres afortunados.

Pasa un cantante afamado y exclama: "¡Qué gran vida la del cantante! ¡qué existencia más feliz!" Pasa un rico: "¡Qué dicha disponer a capricho de cuanto se desea!" Pasa un escritor, un comerciante, un industrial: "¡Qué hermoso vivir como estos viven en la plenitud de una existencia coronada por el éxito!" Para el luchador en expectativa, todos los que tienen dinero escriben, cantan, comercian, forman el sistema planetario de su imaginación sugestionada. El mundo es de los vencedores.

¡Terrible desolación de los vencidos! ¡Olvidados después de sometidos, tascan el freno de la desesperación en las profundidades innatas de inacabable noche, en el seno tempestuoso de la impotencia que sueña y delira, en las obscuridades del eterno no sér!

Por un vencedor, millones de vencidos. Contad los ricos arruinados, los artistas, los cantantes, los literatos que el mundo derrotó; contad los comerciantes en quiebra perpetua, los industriales sin industria; contad aún los que en la lucha no pretendieron triunfos de tal magnitud, los pobres soldados del trabajo, esclavos todavía de vil servidumbre, y os forjaréis entonces un mundo de tinieblas cubierto de seres andrajosos que caminan penosamente hacia una meta desconocida.

No; los implacables vencedores en esta lotería de la vida social no prevalecerán siempre. No son los que triunfan los mejor dotados, ni los más fuertes, ni los más hábiles, ni los más sabios. Son solamente los más audaces y los menos escrupulosos.

¡Venga, pues, esa mano, vencidos de todas las condiciones! Sois los más honrados y los más dignos, y ser honrado y digno es ser fuerte, hábil, sabio. Un día quebrará el cántaro de la lotería, y lucirá para vosotros el sol de la redención.

En la tormenta deshecha que se avecina, el triunfo es vuestro y la derrota segura para la minoría miserable que os sojuzga.

RESURRECCIÓN

(Ante la excomulgación del maestro)

El viejo vate de la comunidad de la tierra, el anciano bohemio que huye de su hogar para besar, libre de ojos profanos, a la salvadora muerte en su regazo de greda, sufrió la excomulgación de los sacerdotes por el más bello acto de su inmaculada vida de asceta divino.

La resurrección de su alma se operó ante el infortunio de una criatura humana que no tuvo el consuelo de las caricias bienhechoras.

Y las caricias sólo las reciben las almas muertas, muertas para la vida interior y para la contemplación del bien.

El frío sepulcral invade a un mundo en derrota. Una anestesia epidémica se ha apoderado de los dómines y ha invadido el todo, imposibilitando el resurgimiento del dolor y del amor.

Una humanidad petrificada marcha hacia el caos, insensible, siniestramente cínica, y estúpidamente atada a la roca del secular prejuicio de una efímera soberanía.

Hombres momias dominan el conjunto; hombres espectros; hombres piedras.

Estabilidad perfecta y no movimiento consciente. Funciones automáticas y no funcionarios humanos. Sacerdotes idólatras y no discípulos de Cristo. Ridículas genuflexiones y ninguna íntima oración. Posa superficial de una extraña adoración y no profunda y sentida prosternación.

Surge el Cristo-hombre sobre la tierra yerma, y es maltratado por sus propios hermanos envueltos en el manto de oro de la fantástica adoración del dios alado. Se dirige el ancestral profeta al mundo sufriente y es escarnecido por los míseros en fuerza del milenario calvario que pesa con todo el peso de los veinte siglos de esclavitud y de oprobio. Vuelve los ojos al cielo implorando la ayuda divina para la redención definitiva del hombre y su dios enmudece y huye de su vista fulgente. Penetra entonces en la conciencia del hombre y encuentra allí todo un tesoro de amor oculto en el fondo insondable de un dolor infinito.

Es cuando el hombre-cristo se reconcentra en sí mismo y se redime, por que él solo es dios, es cristo, es hombre.

Y la Resurrección se opera en él. Vuelve los ojos a la tierra, baña con sus lágrimas la seca parcela y arroja así la semilla de la vida en flor. "¡Ah!... **¡aquí el surco, aquí la semilla, aquí la es-**

piga, aquí el derecho! Más allá hay fraude. Quién entre el derecho y el destino del hombre pone la muerte de por medio, es un santo que nos engaña'' (1) y Cristo nos engañó noblemente, tan noblemente, que su engaño trajo la negación de los discípulos, la traición de unos y la cobardía de otros, trajo al Anticristo: "¿Han venido para ver cómo el Anticristo tortura a los hombres? ¡Pues bien, mira! ¡Les ha aprehendido y metido en la cárcel, en número suficiente para formar un ejército! El deber de los hombres es ganarse el pan con el sudor de su frente; y él, el Anticristo, los mantiene sin trabajar, como cerdos, para convertirlos en cerdos. ¡La ley! ¡Ah! sí, ya puedes hablarme de la ley. Empezó por apoderarse de la tierra, despojó a los hombres de todas sus riquezas y suprimió a todos cuantos se le opusieron, y en seguida escribió la ley para decir que no se debe robar ni matar. Te aseguro que no hubiera escrito antes de eso su ley." (2). Y el hombre quedó huérfano de sí mismo y de su natural posesión, para correr tras de una quimera, tras lo incognosible, tras el dogma, tras su espejismo eterno.

Hoy busca su propia liberación, su propia redención, encerrándose en sí mismo. Mas ¡ay! no puede vivir oculto en su rincón íntimo, los ojos profanos malogran su intento, la sociedad invade sus fueros y castiga su natural ascetismo.

Pero él persiste en su intento de liberarse a sí mismo porque hay que dejar a los más con su error y conquistar al uno que persigue la verdad "**por más que goza de aquella** (una), **que de las noventa y nueve que se descarriaron**" (3).

Y los más son los descarriados, los viciosos, los malvados, que pretenden corregir, castigar y matar a otros descarriados también. No, no tienen derecho de hacerlo y los que lo hacen: Jueces, fiscales, verdugos, carceleros, son los enemigos de Cristo que hipócritamente besan su imagen.

Sólo puede redimirse el que no juzga, el que no castiga, el que no mata.

Cristo, pues, había vuelto a la tierra para la redención del género humano. Pero él no debía venir porque entonces las palabras del sabio pronunciadas dos mil años ha, resuenan en los oídos del sabio de hoy.

—"**El se presentará de nuevo, con su pobre túnica blanca de eseniano, en las casas doradas de sus sucesores. Ellos les gritarán: ¿quién eres tú? ¡Jesús de Nazareth! ¡Fuera de aquí, mendigo! ¡Nuestro reino es de este mundo!**" (4).

---

(1) Juan Bovio: "Cristo en la fiesta de Purim".
(2) León Tolstoy: "Resurrección".
(3) Evangelio de San Mateo, capítulo XVIII.
(4) Juan Bovio: obra citada.

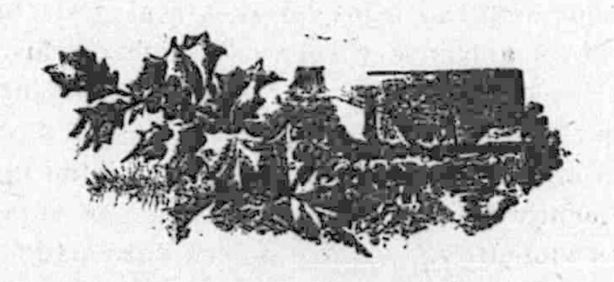
Y León Tolstoy, el último cristiano, venido a la tierra para redimir al Mujik y a todos los pobres de espíritu, fué rechazado y excomulgado. El Santo Sínodo, representante divino en la tierra, sucesor del crucificado, vió en "Resurrección" el molesto mendigo de Galilea estorbando la plácida digestión de los ventrudos sacerdotes, y mientras en imagen elevaba al cielo al autor del dos veces milenario banquete celestial, hundía al fondo del averno al cristo vivo de hueso y de carne, para alejarlo del mundo de los simples.

Y abandonado por el **padre,** huyó al desierto justificando la indiferencia de sus propios familiares y perdonando a sus perseguidores.

Sus discípulos, amaestrados por la lección de los hechos, entrevieron el engaño del maestro y vengaron la afrenta, empuñando el látigo y echando los mercaderes del templo, y la Resurrección fué. Fué no un símbolo, sino una realidad: La realidad de Rusia.

Santiago Locascio.

Abril de 1920.



La carta póstuma de Tolstoy a su esposa

La carta que hoy insertamos fué publicada por vez primera el 27 de diciembre de 1910 en el "Fígaro", de París. Dicha epístola fué remitida a la condesa Sofía por su hijo menor, el príncipe Obolensky, inmediatamente después de la muerte de Tolstoy, quien se la había confiado algunos años antes.

La hemos tomado y traducido de la "Vie de Tolstoy", de R. Rolland:

"Desde hace mucho tiempo, querida Sofía, sufro el desacuerdo entre mi vida y mis creencias. Yo no puedo obligarte a cambiar ni tu vida ni tus hábitos. Si no te he abandonado antes de ahora es porque pensé que mi separación privaría a los niños, demasiado jóvenes aún, de la pequeña influencia que yo podía ejercer sobre ellos, y porque además te hubiera ocasionado una excesiva pena. Pero ya no puedo continuar viviendo como en estos últimos diez y seis años (1) durante los cuales he envejecido, ya luchando contra ti, irritándote, ya sucumbiendo yo mismo a las influencias y a las seducciones de todo aquello a que estuve acostumbrado y que aún me rodea. Hoy he resuelto hacer lo que hace mucho tiempo quería hacer: irme... A semejanza de los hindúes, que al llegar a los sesenta años emigran a los bosques o al desierto; al modo de todos los hombres ancianos y religiosos, que desean consagrarse a Dios y no, a las diversiones, a los juegos de palabras y al lawn-tennis, yo que he llegado a los setenta años, deseo con todas las fuerzas de mi alma, la quietud, la soledad, y, sino un acuerdo perfecto, por lo menos que este desacuerdo entre mi vida y mi conciencia sea menos violento. Si yo te hubiera anticipado mi resolución, me habría expuesto a las súplicas y a las discusiones ,y sé que me hubiera sentido débil, y hasta creo que hubiera renunciado a esa resolución, la que, sin embargo, debo ejecutar. Te ruego que me perdones si mi actitud te entristece. Y principalmente tú, Sofía, déjame partir, no me busques más, no me maldigas. El hecho de

(1) Este estado de sufrimiento databa de 1881, época en que el gran pensador hizo un viaje a Moscú, en donde sufrió una terrible decepción al comprobar la gran miseria social.

que yo te abandone no significa que tenga ningún cargo contra tí... Yo sé que "tú no puedes", "tú no puedes" ver y pensar como yo; y es que tú no has podido cambiar tu vida y hacer un sacrificio por todo aquello que tú no conoces. De mi parte, tampoco renegaré de tí; muy por lo contrario, yo recuerdo con amor y reconocimiento los treinta y cinco largos años de nuestra vida común; y, sobre todo, recuerdo la primera mitad de aquel tiempo, durante la cual, con todo el valor y la devoción de tu naturaleza maternal, soportaste valientemente lo que entendías que era tu misión. Tú me has dado y has dado al mundo, todo lo que podías dar. Has dado muchísimo de amor maternal y hasta hecho grandes sacrificios... Pero, durante el último período de nuestra vida, nuestros caminos se han separado. Yo no puedo creer que sea yo el culpable; yo sé que si he cambiado, no ha sido por placer mío o para satisfacción del mundo, sino porque no podía suceder de otra manera. Yo no te puedo acusar de no haberme podido seguir, y te doy las gracias por todo y te prometo que siempre me acordaré con amor de todo aquello que tú me donaste. — Adiós, mi querida Sofía. Yo te amo. — León Tolstoy."



DESDE ITALIA

Enrique Málatesta y la voluntad del pueblo

Las manifestaciones de espontánea simpatía que se han producido con motivo de la jira de propaganda realizada por Enrique Malatesta, a través de la península, tienen un significado importantísimo y que traspasa los límites de nuestro propio partido.

Observándolo y siguiéndolo en su creciente entusiasmo, hay algo que aprender en provecho de todos, tanto por parte de los enemigos como por los de los amigos y compañeros.

Los unos y los otros habían comprendido sobre todo, lo siguiente: que por más revolucionario que uno sea, jamás puede llegar a superar el espíritu de las masas populares, y que tal cosa encarna un grave peligro si los revolucionarios conscientes no se preparan de antemano a orientar ese espíritu ultra revolucionario de las masas.

Y así hemos tenido ocasión de poder contemplar un ambiente movido de verdadera situación revolucionaria en todo el país que los más optimistas jamás se hubiesen imaginado.

Los estúpidos y malvados del periodismo burgués han intentado atribuir tal estado de ánimo popular a la propaganda oral de Malatesta. En su honor afirmamos que nuestro compañero no rechazaría tal hipótesis, pero no es así.

Tanto Malatesta como sus conferencias, eran comentadas con una mala dialéctica burguesa y capitalista. A través del alma del pueblo se traducía su nombre como algo destructor por la misma propaganda interesada y maligna que hacían los lacayos de la burguesía. Decían: Cuidado. Malatesta quiere la revolución, quiere dar vuelta el mundo, destruir todo lo que es sagrado, abrir las cárceles, incendiar, matar, etc. Y las masas, instintivamente, en un desborde de odio milenario, contestaban: ¿Eso es lo que quiere Malatesta? ¡Viva Malatesta!

He aquí la verdadera situación.

Y de las vicisitudes de la jira triunfal de Malatesta, es menester hablar porque nos revela la voluntad excesivamente violenta del pueblo italiano para agitarse y transformarlo todo, como nos revela también la baja mentalidad de las clases dirigentes.

Había y hay algunas órdenes de prisión contra Enrique Mala-

testa por sus discursos pronunciados en los varios centros de población de Italia. Apenas aparecía Malatesta, los comisarios regios, con sus notas de apuntes, se disponían a registrar las frases y a inventarlas, a fin de confeccionar las actas denunciadoras. Había y hay apuro de encerrar al peligroso agitador u obligarlo a volver por el camino andado: el ostracismo.

Pero la palabra de Malatesta es diferente de la de otros. Ella no es violenta, es altamente calma y razonadora. Probablemente los mismos reaccionarios habrían deseado una explosión subversiva, algo así como una creación espontánea de bombas y de ametralladoras. Las actas denunciadoras quedaron letra muerta ante las mismas constataciones del público reaccionario y ante las publicaciones esquemáticas hechas por la prensa burguesa de los discursos del viejo y encallecido anarquista.

El pretexto falló y su propaganda no pudo ser impedida, y cuando el interdicto se pronunció, el pueblo respondió como un solo hombre, con la declaración de huelga general, obligando así al gobierno a indicar a los regios procuradores de desistir de la acusación y solicitar su inmediata libertad. El pueblo ha defendido a su mejor amigo y ha vencido a la terquedad gubernamental.

Y la libertad provisional fué decretada.

—¿Es verdad que usted está en libertad provisional? — preguntaba a Malatesta un burgués liberal?

—Sí, — respondió éste; — pero debo advertir que siempre he estado en libertad provisional.

En realidad, todos los anarquistas gozamos de una libertad provisional, mientras dure el régimen capitalista y estatal, porque este régimen es insidioso para la vida libre de los ciudadanos.

Volontá.

Ancona, febrero 16 de 1920.

Federación Obrera Argentina

(Apuntes de historia y crítica del movimiento obrero Argentino)

UN POCO DE HISTORIA

La Federación Obrera Argentina (1) descendiente por su táctica, métodos, organización y finalidad, de la Federación Obrera Regional Española (que a su vez sacó enseñanzas de la célebre Asociación Internacional de los Trabajadores) quedó fundada en mayo de 1901 a raíz del primer congreso obrero realizado en la Argentina. En los primeros tiempos agrupó en su seno a la totalidad de los obreros organizados del país, hasta que, en el segundo congreso que acentuando más su carácter antipolítico y revolucionario, a medida que progresaba en fuerza y claridad de concepciones, un pequeño grupo de disidentes de tendencias socialistas legalitarias, se separó de la Federación y fundó la «Unión Gremial de Trabajadores» de vida raquítica y breve existencia.

Espíritus poco reflexivos, suelen achacar la división de los trabajadores a pequeñas ambiciones y discordias personales de los propagandistas, sin alcanzar a comprender que esta división responde a diversas causas, entre las cuales están en primer término la ignorancia de los mismos obreros, y el temperamento y la cultura de los propagandistas. De un individuo tímido, demasiado discreto y reposado, que cree poder arreglarlo todo con su palabra y la paciencia de un Job, que tiene una fe ciega en la razón de los hombres y la fuerza del derecho, y un miedo instintivo a la fuerza y a las situaciones violentas, que estima en más de lo que vale la miserable situación de que disfruta, y teme perderla (de ahí que todos los legalitarios son

---

(1) Así se llamó hasta el cuarto congreso en que se aprobó el pacto de solidaridad y que en virtud de su texto se le agregó la palabra "regional". Creemos que así se debiera volver a llamar para distinguirla de la del noveno.

conservadores) para esta clase de individuos, están demás la diaria experiencia y toda clase de demostraciones. Los obreros legalitarios, al principio, cuando no son más que simples obreros, no son ambiciosos; la ambición viene después, cuando saliéndose del gremio empiezan a distinguirse en su centro, se enfrascan en la propaganda electoral, traban relación con los ases del partido—médicos, abogados, ingenieros, periodistas, burócratas y rentistas, que de todo hay en la viña del señor — van de delegados, dan conferencias políticas y los nombran candidatos. Del otro extremo, entre los revolucionarios, ocurre algo parecido, aunque en menor escala. Obreros entusiastas, que han luchado con valentía, y lealtad hacia sus compañeros durante años, a fuerza de perpetuarse en los puestos rentados y representativos del gremio, la federación o el periódico revolucionario, acaban por creerse únicos y providenciales, y erigiéndose en autoritarios y en dueños de la institución o puesto que les confían, terminan por despreciar a la masa que los ha elevado, pierden su fe y energía revolucionaria, siéntense árbitros de los intereses de quienes sirven, sustrayéndose a todo control, pactan con los poderosos y los gobiernos, haciendo creer a los mismos que ellos son dueños de la voluntad de los obreros que representan, y concluyen por abandonar a sus compañeros, o son expulsados de su seno después de las grandes inmoralidades que todos conocemos.

Pero la división obrera tiene raíces más hondas; arranca de las concepciones distintas que los obreros se han formado de la lucha, de la eficacia de los métodos a seguir, y de la concepción apriorística y dogmática sobre la bondad de tal o cual estado social a crearse , una vez destruído el privilegio.

A pesar de que la teoría evolucionista ha perdido, en sociología, toda influencia entre los obreros, debido a la experiencia de los últimos años — la guerra europea y la revolución rusa, lo que constituye una lección transcendental para los que siguen creyendo en la perfección e inmutabilidad de sus concepciones ideales, — no se ha llegado todavía a aunar propósitos y voluntades entre todos los obreros, para dar el golpe de gracia a este régimen moribundo que como el moloch del mito hebraico, necesita el incesante sacrificio de víctimas para poder vivir.

La organización de los obreros argentinos bajo la bandera de la Federación Obrera Argentina, y la aplicación inteligente de los métodos de acción directa pronto constituyó un serio peligro para el capitalismo y el Estado, que veían en el nuevo organismo una constante amenaza para sus privilegios de clase y su existencia, iniciándose una era de persecuciones contra la nueva institución y sus sostenedores los anarquistas, a raíz de la huelga general en noviembre de 1902 en que la burguesía y el gobierno atemorizados, hicieron reunir el congreso legislativo y hacer votar a media noche la ley de residencia y el estado de sitio, que ponía en manos del poder ejecutivo la libertad y la vida de los propa-

gandistas, en aquella época en su mayoría extranjeros. Con la ley de residencia, creyó la burguesía tener asegurados sus intereses y privilegios, pero pronto se convenció de su error al comprobar que lejos de disminuir la agitación obrera, aumentaba constantemente, y los obreros seguían engrosando la Federación cada vez más fuerte y poderosa. Al convencerse la burguesía de la impotencia de la ley de residencia para acabar con la agitación obrera en el país, no tardó en echar mano de nuevos recursos tan repugnantes e infames como la susodicha ley, y al efecto, se creó un cuerpo policial con el expreso y deliberado propósito de perseguir, provocar, encarcelar y corromper a los propagandistas obreros, sin perjuicio de masacrarles en las plazas públicas cuando salían en manifestaciones, dando principio a la criminal y fría táctica de asesinatos colectivos, con las masacres en las plazas Mazzini y Lavalle en Buenos Aires, extendiéndose luego la práctica a las ciudades y pueblos del interior, en tal forma, que hoy es raro encontrar en el país ciudad o pequeño centro de población que no haya sido regado con sangre obrera en holocausto al capitalismo feroz.

Pero la cárcel, el destierro, las persecuciones en todas las formas imaginables, la prisión arbitraria por la supuesta portación de armas, que dió margen a la policía para usar por largo tiempo el recurso del cuchillito misterioso, que llevaba siempre el esbirro encargado de efectuar la detención y simular su secuestro a las víctimas del atropello, la intriga, la corrupción y la calumnia, armas empleadas por la policía para producir el desaliento y la desconfianza entre los obreros y los anarquistas, campaña en la que se distinguieron el célebre «Manchao» y su digno sucesor Foppiano. Los abusos policiales llegaron a tál extremo en la época del cuchillito misterioso, que el quinto congreso realizado por la Federación, resolvió recomendar una medida enérgica para combatir el abuso, y al efecto hizo pública la siguiente resolución que dice:

« *Abusos y atropellos policiales.* — El quinto Congreso recomienda a sus adherentes no dejarse conducir presos sin causa justificada, llegando hasta la violencia práctica para poner coto a esos abusos policiales, debiendo las sociedades a que pertenezcan prestarles ayuda moral y material»

Frente a todas las persecuciones, la Federación seguía su marcha ascendente a través de todos los obstáculos que los poderes del estado oponían a su desenvolvimiento, cuando bajo la presidencia de Quintana, se produjo el 4 de febrero de 1905, la revolución radical, a base de la sublevación de una parte del ejército y algunos reparadores impacientes por labrar la felicidad de la patria medrando a costa de ella. Declarada la revolución, e inmediatamente sofocada, el gobierno aprovechó la oportunidad que le brindaba la suspensión de las garantías constitucionales, para llevar un fuerte ataque a la organización obrera sin reparar en medios. Los obreros (que nada habían tenido que ver con la asonada radical)

fueron arrestados en masa todos los que se distinguían por su actividad en los gremios y en la propaganda anarquista. Deportados unos, confinados los otros en los buques de guerra, allanados sus domicilios y los locales gremiales clausurados, llevándose la policía todo lo que encontraba a mano, contando para ello con la complicidad de la prensa burguesa y la ley marcial en vigor, el movimiento obrero fué detenido durante tres meses de estado de sitio. Sin embargo, clandestinamente, la agitación continuaba, y ante la amenaza del gobierno de prorrogar el estado de sitio por dos meses más, el consejo de la Federación y el comité de la Unión G. de trabajadores, lanzaron un manifiesto firmado por las dos instituciones, dirigido a los trabajadores del país, declarando que a la prórroga del estado de sitio, se contestaría inmediatamente con la huelga general revolucionaria en todo el territorio del país. Ante la actitud resuelta de los trabajadores, unidos por el peligro común, el gobierno desistió de su proyectada prórroga, y pudo verse entonces, como así lo constataron los propios diarios burgueses, que la organización obrera, lejos de abatirse ante la guerra y las persecuciones del gobierno de Quintana, salía de la prueba más fuerte y poderosa que nunca.

Visto el buen resultado obtenido con la momentánea unión de las fuerzas obreras, se inició una campaña en la prensa obrera y revolucionaria, para efectuar un congreso pro fusión, extendiéndose a los gremios y agitando la idea en conferencias públicas y controversias memorables.

La idea se abrió camino realizándose por fin el congreso en el año 1907, pero circunstancias que luego explicaremos impidieron su feliz término para mal de los trabajadores del país, dando origen a una serie de desaciertos y desviaciones que todavía no han terminado.

EL PRIMER CONGRESO PRO FUSION

La idea de fusionar todas las fuerzas obreras en una sola institución, entonces divididas entre la Federación, la Unión G. de trabajadores y algunas sociedades autónomas, tuvo favorable acogida en la prensa obrera y revolucionaria, y especialmente en «La Protesta» que a la sazón dirigía Ghiraldo. La circunstancia de haberse separado del partido socialista el grupo sindicalista, después del congreso de Junín, quedando la Unión G. de trabajadores bajo la inspiración de dicho grupo, favorecía el acercamiento que se proyectaba. Por otra parte, la actitud francamente fusionista de Ghiraldo al frente de «La Protesta», abriendo sus columnas a la libre discusión del tema, y llamando a la redacción del diario a Luis Bernard, uno de los más inteligentes obreros del sindicalismo naciente, facilitó grandemente la campaña. Sin embargo, una fuerte oposición contra la fusión se manifestaba entre los elementos de la Federación y los anarquistas; sostenían éstos, que siendo la Fede-

ración la institución obrera más antigua del país, y sus estatutos — el pacto solidario — lo más amplio que se conocía, no cabía otra conducta con los disidentes que la vuelta lisa y llana a la Federación que nunca debieron haber abandonado. La Federación, decían, está pronta a recibir en su seno a todos los trabajadores que quieran ingresar, con sólo aceptar el pacto solidario base de la institución. La Federación no podía meterse en compromisos, ni mutilar su amplio programa de liberación social, renunciando a su brillante historia, orgullo de los trabajadores argentinos.

Un hecho que en otras circunstancias habría carecido de la transcendencia que a nuestro juicio tuvo, motivó el cambio de orientación en la propaganda de « La Protesta ». Ghiraldo y la redacción que lo acompañaba, abandonaron el puesto en el diario, yendo a ocuparlo otros compañeros que, si bien no menos competentes para la propaganda de los ideales anarquistas, se manifestó francamente adversa a la fusión proyectada, que no tuviera como principio el ingreso directo de todos los gremios a la Federación, sin reservas de ninguna clase. Es de capital importancia recordar estos detalles, porque la propaganda de « La Protesta » tuvo durante muchos años una influencia preponderante y a veces decisiva en la marcha del movimiento obrero del país, influencia que si pudo ser siempre bien intencionada, no fué siempre provechosa como luego tendremos oportunidad de ver.

A pesar del cambio de criterio de « La Protesta » respecto de la fusión, y la oposición de algunos anarquistas fuera de ella, el congreso pro fusión se llevó a cabo. Al principio, todo parecía marchar conforme al propósito buscado. Todos los delegados parecían estar animados de la mejor buena voluntad para que la fusión se llevara a feliz término. Pero no tardaron en producirse discordias entre los delegados, dando lugar a incidentes que más de una vez terminaron en escenas de pugilato. A pesar de ello, el congreso continuó su labor durante varios días en agitadas y turbulentas sesiones que alguna vez concluyeron a garrotazo limpio y otras cosas peores, cruzándose injurias entre los delegados de las distintas tendencias que componían el congreso.

Bien está que los hombres se apasionen por una idea y den por su triunfo todo lo que se puede dar, incluso la vida, pero no es nada heróico ni eficiente que entre trabajadores, unidos por comunidad de deseos, de necesidades y sufrimientos y aspiraciones, sólo separados por las ideas y los métodos para realizar el bien común y la justicia, pierdan la serenidad y olviden el respeto que mutuamente se deben, y que como delegados debieran esforzarse en conservar, sabiendo que los insultos, las amenazas y los golpes no tienen nada que hacer con las ideas, y además, carecen de eficacia como argumentos convincentes.

Después de varios días de tumultuosa y accidentada labor, cuando ya se creía que la fusión era un hecho, pues los delegados

disidentes habían aprobado el pacto solidario de la Federación, el delegado de los dependientes de comercio, Francisco Jaquet, propuso a la aprobación del congreso, con el apoyo de la mayoría de los delegados de la Federación, la declaración aprobada en el 5º congreso, la que decía: « El congreso aprueba y recomienda a todos sus adherentes, la propaganda e ilustración más amplia en el sentido de inculcar a los obreros los principios económicos filosóficos del comunismo anárquico. » Declaración a nuestro juicio inconveniente e innecesaria para la unidad obrera, por cuanto lo que se buscaba en dicho congreso era la unificación de los obreros de distintas tendencias y no la absorción de varias por una de ellas y por una simple mayoría de votos. El congreso estaba compuesto por socialistas, sindicalistas y anarquistas, era pues un absurdo, fomentar la hipocresía en el campo obrero, proponer a los primeros que firmaran una declaración que no sentían y no alcanzaban a concebir. Por lo demás, tal declaración era innecesaria por cuanto el pacto de solidaridad aprobado por los delegados contenía declaraciones si no iguales, equivalentes, y más explícitas. Las declaraciones del pacto a que me refiero decían: « que las leyes codificadas e impositivas deben convertirse en constatación de leyes científicas vividas de hecho por los pueblos y gestadas y elaboradas por el pueblo mismo en su continua aspiración hacia lo mejor, cuando se haya verificado la transformación económica que destruya los antagonismos de clase, que convierten hoy al hombre en lobo del hombre y funde un pueblo de productores libres para que al fin, el siervo y el señor, el aristocrático y el plebeyo, el burgués y el proletario, el amo y el esclavo, que con sus diferencias han ensangrentado la historia, se abracen al fin bajo la sola denominación de hermanos. »

¿No es este anarquismo puro y de la mejor ley? ¿No equivale a la famosa declaración, en cuanto tiende a apartar de la vida política y parlamentaria a los obreros, y aconseja al pueblo labrar directamente su propio bienestar?

La propuesta del delegado Jaquet fué combatida por los socialistas y sindicalistas en el congreso, declarando que ellos no pódian suscribir tal declaración desde el momento que no la aceptaban, y por lo tanto, si esa declaración era aprobada, ellos se retirarían del congreso convencidos de que habían hecho todo lo que estaba de su parte para que la fusión se realizara. Y así era en verdad. La declaración fué aceptada y los delegados socialistas y sindicalistas se retiraron, fundando luego la Confederación del trabajo, continuación de la Unión de trabajadores.

Por primera vez se les iba de las manos a los anarquistas, por su propia culpa, la dirección de todas las fuerzas obreras del país. Por una imperdonable falta de táctica, que los obreros han pagado muy caro,—pues entonces como ahora sólo los anarquistas tenían el suficiente prestigio entre los obreros para orientar su acción, la

abnegación, el heroísmo y la audacia necesaria para conducirlos al triunfo de sus reivindicaciones—perdieron los anarquistas la dirección de la totalidad de los obreros en la República, y dió principio a la ya larga serie de desaciertos, de claudicaciones, derrotas y desviaciones que el proletariado argentino viene sufriendo.

La declaración del congreso posterior a la decisión del mismo, de que el congreso no declaraba anarquistas a las sociedades adheridas ni anarquistas a sus adherentes, en nada aminoró la falta cometida, y como antes y como después y como ahora, la mitad de las fuerzas obreras fueron gastadas en combatirse entre sí en las asambleas, en los periódicos gremiales y en todas partes, con gran regocijo de la burguesía.

EL NOVENO CONGRESO

A partir del fracasado congreso pro fusión, nuevas y cruentas luchas tuvo que afrontar la organización obrera, que hacía tan necesaria la unión de todas las fuerzas. La agitación pro rebaja de alquileres, la huelga de inquilinos y la nueva razzia de deportaciones, reclamaba una acción conjunta que nunca hubo de realizarse. Sólo el 1.° de mayo de 1909, a raíz del asesinato policial cometido con los manifestantes que convocara la Federación Obrera, el pueblo trabajador se alzó con rara unanimidad (sólo comparable con la semana de enero) pidiendo la renuncia del jefe de policía, cabeza visible y responsable de la matanza. Le huelga duró nueve días, al cabo de los cuales empezaron las deserciones, dando por terminado el movimiento el partido socialista, que lo había acompañado desde el principio, para después traicionarlo, pues como no había llegado al encanallamiento actual, conservaba algún prestigio todavía entre los obreros.

Después de varias tentativas infructuosas la unificación obrera, de las azarosas alternativas por que pasó el movimiento obrero y anarquista, de la sanción de la ley social, obra del miedo pánico que se apoderó de la burguesía, de la crisis de la organización obrera, que coincidió con la crisis económica en su período más agudo, se realizó una nueva y última tentativa seria para la unificación, en 1915 se lanzó la idea, se hizo alguna propaganda y se reunió el congreso.

La idea de despojar a las agrupaciones obreras de las declaraciones terminantes a que responden cada una de las diversas tendencias que divide a los obreros, se había abierto camino en los ocho años transcurridos desde el primer congreso pro fusión. Era la sana tendencia que ha prevalecido entre los obreros europeos, y la que han sostenido los teóricos del anarquismo que se ocuparon de las cuestiones obreras, desde los tiempos de la Internacional con Bakounine y Anselmo Lorenzo hasta los últimos momentos de su vida. Y no podía ser de otro modo. El único lazo que puede mantener unido al obrero en el terreno gremial, o sindical como

ahora se dice, es su interés económico que es inmediato y constante, el ideal puede cambiar, modificarse o desaparecer, mientras que el interés económico subsiste. Unidos los obreros por el interés, el ideal viene más tarde que es producto de la cultura y experiencia adquirida en su vida gremial.

No afirmamos como los sindicalistas dogmáticos, que el sindicato es la única escuela y laboratorio donde el obrero saca ciencia y experiencia para la lucha y el triunfo de su causa, pero sí que es el centro que puede reunir a todos los obreros de todas las tendencias, y que por sí mismos, inspirándose en las propias necesidades que se ensanchan a medida que se satisfacen, luchar por su mejoramiento y emancipación, haciendo de su asociación de productores, en unión con sus compañeros de clase, el arma de su liberación del capital que los explota y el estado que los oprime, y el cimiento de la nueva sociedad de productores libres.

El noveno congreso, así llamado, y también de unificación, inició sus trabajos y clausuró sus sesiones en perfecta normalidad. La declaración del V congreso, que recomendaba la propaganda del comunismo anárquico, dió lugar a un largo y animado debate, triunfando al final la tendencia que suprimía la declaración en homenaje a la unión de las fuerzas obreras, porque en ese congreso, como en el de 1907, había mayoría de delegados anarquistas que podían haber hecho triunfar la declaración anarquista.

La minoría que sostenía la declaración del V congreso, aceptó la resolución de la mayoría y todo parecía indicar que se iba a iniciar un período floreciente para la organización obrera. Una ingrata sorpresa vino a cambiar la fase del asunto, dejando el problema de la unión obrera en una situación mucho más lamentable que antes del congreso. La propaganda de ««La Protesta»» que antes del congreso y durante el mismo, fué marcadamente favorable a la unificación, cambió de la noche a la mañana por un acto que podíamos llamar golpe de estado dentro del anarquismo argentino. Un reducido grupo de anarquistas a la cabeza de los cuales figuraba González Pacheco, se les ocurrió decir que borrar la declaración del V congreso, era una claudicación vergonzosa e indigna que los anarquistas no podían tolerar, y que era necesario desconocer el congreso.

El exabrupto no hubiera pasado de ahí, pero ocurrió que por buenas o malas artes, de lo que no estamos bien enterados, el grupo disidente se apoderó de «La Protesta» y empezó a hacer una campaña separatista, logrando que la minoría que se había opuesto a que se suprimiera la declaración del V congreso, se retirara de la vieja Federación y fundara otra que llamaron la verdadera y auténtica. Hasta aquí los hechos. Veamos las consecuencias. La prédica equivocada de «La Protesta», tuvo como consecuencia inmediata la división de los anarquistas en comunistas con bandera gremial, y comunistas sin bandera pero unionistas, y en el terreno

gremial, una división mucho más grave que la anterior, porque restó al proletariado organizado la influencia anarquista, tan necesaria para el buen éxito e intensificación de las luchas sociales, pues con la división de los anarquistas en unionistas y antiunionistas, los unionistas quedaron con la mayoría del proletariado organizado, pero en minoría dentro del mismo, o por lo menos esa es la impresión que deja al observador imparcial, la conducta de la Federación del noveno, porque el carácter de organismo obrero revolucionario que tuvo, no queda más que un cadáver a quien el gobierno y la burguesía se complacen en arrastrar por las alfombras de las salas ministeriales y los despachos de magistrados y jefes de policía.

CONSECUENCIAS DE LA FALTA DE INFLUENCIA DE LOS ANARQUISTAS EN LOS GREMIOS

Para que las asociaciones obreras emprendan conquistas, y breguen por ellas con probabilidades de éxito, es indipensable que sus componentes posean una elemental cultura que les sirva para guiarse en la lucha y los preserve de ambiciones, traidores y politicastros que se mezclan en sus filas con el propósito de medrar a su costa. Se necesita que la minoría inteligente de cada gremio, con vistas al porvenir, inicie esa labor de cultura y capacitación en forma de conferencias gremiales, la difusión de folletos y periódicos obreros, que vayan despertando el entusiasmo y el amor al estudio y la reflexión; que sirvan como preparación previa para las luchas futuras a iniciarse. Una vez que el gremio está organizado para ir a la huelga, se necesita que esa minoría inteligente mantenga vivo el entusiasmo en los noveles combatientes, no limitándose sólo a hablarles de la conquista inmediata, por la que están luchando, sino también mostrándoles los amplios horizontes del ideal, que los incite a luchar por la conquista de una mejor vida.

No afirmaremos que sólo los anarquistas sean capaces de dirigir y ganar las huelgas, pero sí que es necesaria una gran dosis de entusiasmo, de fe en el triunfo y espíritu de sacrificio que en este país es raro encontrarlo fuera de los anarquistas. Estamos haciendo un trabajo con propósito unionista, pero decididos a no ocultar nada de nuestro pensamiento, aunque pueda ser desagradable al adversario en ideas. Confirma lo que dejamos dicho a cerca de la capacidad para dirigir y orientar el movimiento obrero, la actitud del gobierno y la policía, descargando toda la violencia del estado sobre los anarquistas y sus instituciones. La confirma también la actitud cobarde, vergonzosa y antiobrera de la federación novenaria, tan en discordancia con su prédica de acción directa. Las huelgas no se ganan ni se ganarán nunca, ni se deben intentar ganar con recursos de diplomacia que entrañan precedentes inmorales para los obreros, y esto es lo que hace y lo que ha hecho la federación novenaria. La fuerza obrera de que sus caudillos dirigentes se ufa-

nan, debe servir para estar siempre dispuestos a defender la vida y la libertad y la dignidad obrera, sin hacer distinciones odiosas, si los que necesiten ayuda son de esta o de aquella capilla ideológica.

La fuerza obrera realmente potente a mediados de 1919, nunca debió haber permitido el infame edicto policial del 6 de mayo, que suprimió «Bandera Roja», órgano obrero por excelencia, que detuvo las conquistas obreras, hizo fracasar las huelgas, expulsó y confinó dignísimos obreros, persiguió y destruyó instituciones de cultura, y lo que es más grave, hizo perder al pueblo la fe en sus organismos de lucha.

Lo que menos debieran hacer las asociaciones obreras en presencia del atropello policial, era declarar inmediatamente la huelga general, para defender las pocas libertades que quedaban, contando como se contaba con el entusiasmo popular y una organización obrera sólida. Esto es lo que hacen los obreros catalanes, lo que hicieron los portugueses, lo que han hecho recientemente los zaragozanos, lo que se debiera haber hecho aquí si hubiera al frente de los organismos obreros hombres capaces y leales a la causa del pueblo. Cuando se nos provoca a la lucha, es necesario saber pelear y si es preciso morir, de lo contrario, retirarse y dejar el puesto a otros más valientes y corajudos. Y no se nos venga a decir que no se contaba con el acuerdo de los gremios, como en el cuento de los obreros de Mendoza, porque eso es música celestial, porque tampoco se contaba con el acuerdo de los gremios en la semana de enero, y la huelga se hizo con o sin acuerdos, pero con asentimiento unánime de la clase obrera, pese a los que se enteran que ha llovido cuando se sienten mojados; los mismos que achacaran la huelga a elementos extraños y a agentes provocadores (léanse las publicaciones socialistas y sindicalistas de la fecha), y que negaban al pueblo el supremo derecho de defender su vida.

Las desviaciones en que han incurrido los organismos obreros de un tiempo a la fecha, desviaciones como la que comentamos, son debidas en gran parte a la falta de unión entre los anarquistas que militan en los gremios. El error cometido por los que se retiraron de la federación del noveno, lo han pagado todos los obreros y hombres libres del país, al debilitar y haber dejado falsear la dirección de las fuerzas obreras, que debió ser el baluarte de las libertades públicas, hoy reducidas a nada mientras reina una franca cordialidad entre los dirigentes del la Federación del noveno y el gobierno de la nación.

LA TACTICA ABANDONADA

El sindicalismo moderno, que no es más que el gremialismo de la Internacional, expuesto magistralmente por Bakounine, practicado con éxito por los obreros españoles bajo la inspiración de Anselmo Lorenzo, fué abandonado por los obreros anarquistas argentinos, que renegaron de su nombre y más tarde de su espíritu,

el que tantos triunfos dió a la vieja Federación, y adoptado por los sindicalistas argentinos en el nombre y desechado en su espíritu. Exponiendo estos principios Bakounine, — citado por Lorenzo en su libro «Hacia la emancipación», que todo obrero debiera conocer — dice: «En las secciones corporativas, los obreros se hallan reunidos y organizados no por la idea sino por el hecho y por las necesidades mismas del trabajo idéntico. El hecho económico de una industria especial y de las condiciones particulares de la explotación de esta industria por el capital, la solidaridad íntima particularísima de intereses, de necesidades, de sufrimientos, de situaciones y aspiraciones que existen entre todos los obreros que forman parte de la misma sección corporativa, forma la base real de la asociación. La idea viene después, como explicación o como expresión equivalente del desarrollo y de la conciencia colectiva y refleja de tal hecho.

No necesita gran preparación intelectual un obrero para entrar en la sección corporativa que representa su oficio (el sindicato de su oficio) (1). Ya es miembro de ella antes de darse cuenta de ello, lo que le falta saber ante todo, es que se sacrifica y se agita trabajando y que ese trabajo que lo mata, insuficiente para el sustento de su familia, y, para renovar pobremente el desgaste de sus fuerzas, enriquece a su patrón, al que sólo debe odio y rebeldía de esclavo, aunque le conceda después, cuando le haya vencido, la justicia y la fraternidad del hombre libre. También debe saber, lo que comprenderá fácilmente, que solo es impotente contra su amo, y que para no dejarse aniquilar por él debe asociarse con sus compañeros de taller, serles fiel a pesar de todo en cuantas luchas se susciten en el taller contra su amo.

Debe saber igualmente que no basta la unión de los obreros de su mismo taller sino que es necesario que estén unidos todos los obreros del mismo oficio que trabajan en la misma localidad. Sabido esto, lo que la experiencia diaria les enseñará, sino es excesivamente torpe, queda hecho un excelente socio de su sección corporativa (del sindicato de su oficio). Constituída la sección de hecho, (el Sindicato), carece aún de la conciencia internacional; es sólo un hecho local; pero la misma experiencia, esta vez colectiva, no tarda en romper en la mente del obrero menos inteligente, el aspecto internacional, a que fatalmente son conducidos los obreros, las estrecheces de esa solidaridad excesivamente local».

Después de exponer los caracteres que toma la lucha en su termina Bakounine: «He ahí pues, la base de la gran Asociación Internacional de los trabajadores (entiéndese este razonamiento aplicable al sindicalismo moderno), demostrada no por una teoría debida a uno o varios pensadores, sino por el desarrollo positivo de los hechos económicos, por las duras pruebas que esos hechos hacen

(1) Todo lo que está entre paréntesis corresponde a Lorenzo.

sufrir a las masas obreras y por las reflexiones y los pensamientos que susciten en su seno. Para que la Asociación se fundara fué preciso que todos esos elementos necesarios que la constituyen como hechos económicos, experiencia, aspiraciones y pensamientos el proletariado se hubiera ya desarrollado en un grado suficientemente interno para formarle una base sólida; fué necesario que en el seno mismo del proletariado se hallasen ya diseminados en todas las naciones, grupos o asociaciones de obreros bastante avanzados para tomar la iniciativa de ese gran movimiento de la liberación del proletariado».

Las páginas transcriptas de Bakounine, expresan el espíritu unionista y emancipador del gran revolucionario, a quien los divisionistas de esta tierra se han querido adjudicar como exclusiva propiedad, olvidando sus doctrinas, que los herederos de la antigua Federación han bastardeado, poniendo la organización obrera a pies de gobernantes y burgueses.

Pero esto no puede continuar por más tiempo. Es necesario que la conciencia anarquista de los obreros argentinos despierte a la dura realidad a que los ha conducido el error de unos, la traición de otros y la inconciencia y cobardía de los demás. La serie de descalabros sufridos en los últimos tiempos, la incapacidad de los dirigentes y la falta de acción conjunta, las nuevas derrotas que nos esperan de seguir en este tren de contemporizaciones a base de entrevistas y promesas presidenciales, hacen indispensable un inmediato cambio de conducta de los anarquistas que todavía quedan en la F. O. R. A. del noveno, y con los anarquistas todos los obreros dignos que aspiren a emanciparse, porque dicha institución es ya moralmente un cadáver que tenemos todos el deber de enterrar.

Si los anarquistas del V cometieron el error de separarse de la vieja Federación, bien caro lo han pagado, aparte de que por su actitud valiente y decidida han salvado la dignidad de la clase obrera del país, que les costó ser blanco de la furia policial, mientras los mangoneadores de la vieja F. O. R. A., como buenos amigos y respetuosos de la ley no eran molestados nunca sabiendo la burguesía y el gobierno que con tales enemigos el privilegio no corría ningún peligro.

Quien no ha sabido mantener en alto la dignidad obrera oponiéndose con todas sus fuerzas a la violencia policial y capitalista; quienes claudicaron de sus principios y abandonan la suerte de los trabapadores a la voluntad y capricho de un mandón; los que tienen la insólita audacia de presentarse de cuerpo entero en toda su desnudez moral, en su verdadero carácter de aliados del gobierno y la policía, por medio de una nota ditirámbica al jefe de policía; los que abandonan en la estacada a los trabajadores después de engañarlos miserablemente ofreciéndoles apoyo, retirado después para complacer a sus amos los gobernantes; los que fraternizan con ministros y magistrados departiendo amigablemente, mientras obreros

dignos se pudren en las prisiones o yacen en el destierro; los que al primer amago de agitación revolucionaria, sintiéndose contagiados por el miedo burgués se apresuran a desautorizar a sus compañeros de clase, a quienes tienen el deber moral de acompañar solidariamente hasta en sus errores; los que se han opuesto con todas sus fuerzas a la agitación obrera revolucionaria de que está saturado el ambiente, dejando suponer que desean implantar el maximalismo que dicen profesar, desde los ministerios; los que en vez de dedicar todas sus energías contra el estado social presente, tratan de aplazarlo con proyectos de casa propia donde serán invertidos millones, manifestando así su falta de fe en la transformación real de la sociedad e inspirando el mismo sentimiento en sus compañeros, que con tales inspiraciones se harían fatalmente conservadores, perpetuando su miserable estado de vida; estos, los que tal conducta siguen, no pueden con la «foja de servicios» de que se vanaglorian, permanecer por más tiempo al frente de los obreros, ni merecer la confianza de los mismos.

Febrero de 1920.

Amaro Folgueral.

Adoro todas las ideas, todas, todas, todas, siempre que sean buenas y honradamente nacidas, y algunas, como la del anarquismo, la respeto como se respetan las nebulosas del cielo, que algún día serán astros y darán luz.

Salvador Rueda.

DESDE ESPAÑA

¡FRÍO!

El otoño había terminado. En los senderos, en los barrancos, en las llanuras y vertientes de las montañas no se escuchaba ya el rumorío de la hojarasca arrancada por el viento a las ramas de los árboles. En éstos crugía Eolo aún con fuerza inusitada soplando en ellos lastimeros ayes de agonía. Natura aprestábase al descanso, y todos estos seres enfermizos, combatientes semicaídos, víctimas unos de aplastantes trabajos de forzados, minados los otros por sus vicios, todos estos débiles seres que cada año vénse condenados a desaparecer de la superficie del planeta al arreciar de las primeras invernales lluvias, adivinaban, intuitivos y angustiados, que también para ellos sería pródigo el invierno en concederles descanso a sus dolencias.

Los tísicos, los asmáticos, toda esa legión formada en el arroyo, en el tugurio destartalado, en el taller infecto, en el fondo sin luz de la mina, en el lupanar y en el presidio, redoblaba sus lastimeros quejidos cual si quisieran hacer coro a los crujidos de las desnudas ramas; seres débiles también ante los azotes incesantes del vendaval.

En su anual descanso, Natura indistintamente amontonaba orgánicos e inorgánicos seres en su laboratorio químico con glacial indiferencia.

El no despertar más de éstos era la segura garantía del despertar de Natura exuberante y rica, en la próxima primavera.

La materia sonreiría siempre; para el vegetal como para el animal, su descanso era sonrisa de muerte.

Fatigado, tiritando, molido y polvoriento, mis pies iban dejando en el polvo de la carretera huellas que irían desapareciendo también a la mañana siguiente. Pero las huellas que el dolor imprime en la memoria, el recuerdo penoso de tanto sufriente sér como había evocado en ella el crujido de las desnudas ramas, la dolorosa visión que un prolongado silencio y la contemplación de un montañoso terreno desprovisto de verdor, incrusta en la mente, no se borraría tan fácilmente como las huellas que mis zapatos grababan en el polvo del camino.

Después de cuatro horas de continuo andar en busca del pueblo al cual me dirigía, cerraba la noche, oscura, fría, amenazando helarme, sin darme tiempo para llegar aquel día al término de mi

jornada, y obligándome a pernoctar en conocida morada montañesa, aislada, perdida, entre tortuosos senderos y rocosos precipicios.

Conocíala desde mis infantiles años. Era la morada del pobre campesino, que, batida un día por desconocido antepasado tras una vida de embrutecedor ahorro, légase después al hijo mayor y se perpetúa hasta el actual propietario, siguiendo añeja costumbre erigida en ley.

Morada de penalidades mil, que guarda en sus paredes el secreto de esperanzas frustradas, de escasas alegrías y muchísimos lloros, lloros tal vez de muchas generaciones.

Morada arrancada a las amenazantes garras del fisco a cambio de un nunca gozar, de no tener jamás el placer de una comodidad, siquiera fuese relativamente pequeña; que representa una serie de no interrumpidos trabajos que apenas si dieron para el negruzco pan de los campos.

Morada, en fin, representando el embrutecimiento, la ignorancia, el sufrimiento eterno de todos los que la habitaron y la habitan.

Recrudecía el frío y lo negro del paisaje. Y mientras tiritando y tropezando avanzaba hacia ella, recordando iba a sus dos únicos moradores, contando el tiempo que no les había visto.

Hacía de esto ocho años: desde el casamiento de sus dueños. Fué aquel un casamiento que impresionó dolorosamente mi cerebro: la primera nota, el primer detalle que repugna a los seres amantes de la verdad. Una de las primeras chispas que hicieron brotar la razón del hombre, y le hacen comprender que no todo en este mundo de bajezas se ajusta a la naturalidad que debiera presidir en los humanos actos.

Casamiento por imposición de una parte, de conveniencia en otra, el hombre, el macho llegábase a la hembra, doblándole la edad, sin apenas conocerla. Ella era una niña educada en este excesivo respeto paterno, rayano en miedo, que cohibe y empequeñece a la mujer hasta convertirla en cosa, en objeto de fácil adquisición.

Un día dijéronla que debía casarse; que de su futura unión iba a depender su porvenir.

El amor no había despertado aún en ella, héchola vibrar de ansias y deseos definidos, palpitar ante fugaces vislumbres de goces velados por una ignorancia mantenida exprofeso.

Natura resistió en ella cuanto pudo. Intuitivamente adivinó la muchacha, pero sin darse perfecta cuenta, que aquello debía de ser de su exclusiva competencia, no sugerido por paternos cuidados.

Pero esta herencia de bárbaras edades, esta autoridad paternal, que por el mero hecho de representar una autoridad es sinó-

nima de tiranía, aún inconsciente, púsole ante su horizonte limitado las mil y una conveniencias que debían arrancar de su seno dormido el sí precursor entonces de su infelicidad.

Dijéronla que la obediencia era un deber, que los padres, por ser reflejo de Dios en la tierra, jamás yerran cuando de la felicidad de sus hijos se trata; que su futuro, por viejo que fuese, era excelente partido, con su casita, y su huerto y sus tierras de labor. Que con el dote de ella aumentaba el patrimonio de él y les permitiría gozar de mayores comodidades.

Luego vino el cura del lugar con sus consejos parecidos a presiones, consejos que no pidió la muchacha, reforzando los sermones paternales.

Después, el cálculo egoísta de los viejos del lugar enseñóla matemáticas absurdas, experiencias del tanto por ciento que nada dicen al corazón.

Fué aquello la presión de la ignorancia y la rutina.

Para nada consultóse su inclinación. Nadie escuchó los vagos latidos de la esperanza juvenil, las palpitaciones humanas de los dorados sueños de la adolescencia.

Padres, cura, vejestorios, trazáronle antinatural camino a seguir, dorando las ciertas y futuras espinas con la fraseología hueca del deber, de Dios, de los intereses. Y la muchacha, impotente en su ignorancia, cedió.

Llegó al altar con las lágrimas de un sueño desvanecido, con el lloro del sentimiento ahogado.

Y mientras yo avanzando iba y la noche se hacía más oscura, recordaba aquella tostadita faz de diez y ocho abriles, muda, fría y resignada ante el ara dó se consumaba su sacrificio.

Y mientras la fiesta de familia iba en crescendo, los azules ojos de la niña, antes límpidos y alegres, preñábanse de contenidas lágrimas.

Reporté de aquel día la convicción de que se había efectuado un asesinato moral.

Después, partí... y ahora iba a encontrarme de nuevo ante aquella unión absurda en la que para nada entró amor... ¿Fué realmente un asesinato? Iba a saberlo en breve.

Ancha, de par en par abrióseme la puerta, entre los ladridos de los perros, los apretones de manos, y el suave calor de la chisporreante leña que acariciaba mi helada cara.

Una vez ante la frugal cena, dí rienda a mi natural curiosidad, escudriñando en la casa de mis hospitalarios amigos las huellas que preveía de antemano en ellos, causadas por el tiempo o su absurda unión.

El, habíase vuelto más viejo, más cana su cabeza, pero era el mismo hombre de antes, con el mismo sello que imprime la igno-

rancia, el rudo trabajo, la indiferencia, el abandono social. Algo momificado, pero nada más.

En ella, el cambio había sido más profundo. La tez sonrosada había cedido el paso a prematuras arrugas. Las ondulosas líneas de la juventud habíanse convertido en angulosas delgadeces.

La faz, muda, fría, resignada, del día del casorio, era más muda, mucho más fría, más dolorosamente resignada y abatida.

Pero en sus ojos, especialmente en aquellos azules ojos, leíase claramente la desilusión, la muerte de todos los sueños, el vacío del cariño no satisfecho.

—¡Otro sér débil, otra víctima inmolada en aras del error, del interés, de la tiranía! — pensé, mientras leía claramente en ellos todo un pasado, síntesis de brutal opresión.

¡Y era joven aún, y ya parecía una vieja!

Aprovechando unos momentos de ausencia del viejo, ido en busca del rancio vino que debía finalizar mi cena, cojí la mano de la muchacha, y clavando en sus ojos los míos, en que debía leerse toda la compasión que para los sacrificados sentía, díjela:

—¡No es esto, lo que usted anhelaba! ¿verdad? Se equivocaron al imponerle esta unión, ¿no es cierto?

—Sí; me engañaron todos. No era esto lo que yo me figuraba y soñaba cuando niña... ¿Cómo ha podido usted adivinarlo sin yo proferir una palabra de queja?

—Lo adiviné desde el día de la boda, cuando en sus ojos no vi brillar el amor, cuando me fijé en la desigual edad de ustedes, cuando vi la ignorancia de todos... comprendílo entonces demasiado.

—¡Y yo demasiado tarde!...

Truncó la conversación la llegada del marido; pero lo escuchado era bastante para mí.

Durante la noche, mientras afuera silbaba el viento, rompiendo despiadado las débiles ramas de los árboles, entreguéme a duras maldiciones contra los causantes de este frío social que arrebata los seres en flor, como el viento arrebataba los enfermos y las ramas en aquellos momentos.

Aquella mujer, en su debilidad de la ignorancia, era también una víctima próxima a desaparecer ante el vendabal de la autoridad, de la religión, de los intereses creados, aun reflejados en su más mínima expresión, como son el padre, el cura, la tierra de labor.

Para ella el invierno sería eterno, el frío causado por la carencia de los afectos naturales obraba sobre ella como el frío de Natura obra en los seres enfermizos.

Víctima que nadie ve, a no ser los que sufren idénticas o parecidas dolencias.

Enfermo que nadie cura, ni la compasión.

En su misma ignorancia, condenada a sufrir su dolencia en silencio.

Podía, es verdad, rebelarse aún, protestar. Pero los efectos mortales del veneno autoritario, del filtro maléfico de la religión, del pus de los intereses, habían hecho presa en ella ya. El enfermo individual existía. Sólo el colectivo podía y debe ser curado.

El sueño fué borrando de mi mente la imagen dolorida de aquel sér; y a la mañana siguiente, al continuar mi interrumpido camino, releguéla al montón anónimo, no quise pensar más en ella, fija sólo la vista sobre este enfermo colosal que se llama **sociedad**.

Y mientras mis pies grababan de nuevo en el polvo de la carretera huellas que desaparecerían más tarde, procuraba grabar en mi mente el nombre de la saludable medicina que debía curarle: ¡la rebeldía, la libertad!

JOSE PRAT.

Barcelona, Enero de 1920.



LA SED DE SABER

A todos nos acomete, desde la infancia, y buscamos su satisfacción en la clara fuente que surge, inagotable, envuelta en un murmullo de besos, de los labios de nuestras madres.

Entonces, las revelaciones del misterio que nos empieza a rodear, se nos aparecen como fulguraciones celestes, como suaves auroras que se abren paso, de repente, entre las densas tinieblas de la noche que nos llena de un miedo incomprensible. El **por qué** y el **cómo** están en nuestros labios, y cualquier respuesta nos tatisface, tanto más, cuanto ella esté más rodeada de poesía y de inverosimilitud. Somos como hambrientos humildes y dulces, que venimos a golpear a las puertas del arcano y besamos, arrobados de amor y de agradecimiento, la misteriosa mano que aparece por la puerta entreabierta y nos alcanza cualquier cosa... Más tarde cuando nuestras primeras ansias fueron satisfechas, el hambre se vuelve más exigente, despreciamos los más sabrosos alimentos, y nuestra blasfema boca muerde la amorosa y paciente mano que eternamente nos alarga la divina limosna de luz.

¿Cuándo empieza el **dolor** de saber? ¿En qué parte de la vida se encuentra la línea que nos separa de la inconsciencia, del **no dolor** de saber?... ¿Han contestado los sabios a estas formidables preguntas? ¿Han dado una respuesta categórica a esta interrogación? Ellos han observado la manifestación exterior y nos han dicho, prudentemente, que el fenómeno se presenta ante nuestros ojos en tal época de nuestra vida, y nada más.

¿Y más allá del fenómeno tangible, no existe este mismo anhelo, en un grado inferior, que a nosotros no se nos muestra, pero que sin embargo cumple su obra en la vida universal?

Nos detenemos a reflexionar. Vemos nuestra vida. Serenamente desandamos, con nuestra imaginación,, los pasos innumerables que dimos en el tiempo, y dulcemente volvemos a vivir los suaves días de la adolescencia, y las gárrulas horas de la infancia. Encontraremos que siempre, a los lados del camino, flanqueado de jardines deliciosos, las interrogaciones se levantan como sombras hostiles que pretenden cubrirnos las maravillas de los paisajes coloreados de suaces tintes de ensueño. Y cuando llegamos a los límites primeros de nuestra vida, a esos lugares indecisos envueltos en la bruma de lo inconsciente, y tanteando, con paso vacilante, abriendo enormemente los ojos del recuerdo para ver, desgarramos un girón de la niebla espesa, vemos en la lejanía del tiempo la interrogación que se nos presentó a los ingénuos ojos infantiles: una noche clara, los brazos amorosos de nuestra madre; allá arriba, en el cielo azul, una naranja celeste que irradia luces

de plata, y en nuestros labios sonrientes la pregunta, el **por qué** que surge cándido y curioso, como una mariposa que sale de su crisálida y vuela por el espacio, ebria de sol.

Y hasta aquí, el recuerdo. Pero, ¿y más allá ¿Llegaremos a explicarnos algún día el proceso psíquico del embrión que se estremece en las tinieblas de la vida fetal? ¿Sabremos alguna vez si en realidad esos movimientos del ser que comienza, no son manotazos de un alma que quiere deshacer las sombras de un misterio que siente que le rodea, para buscar el rayo de luz revelador del **por qué** se le ha llamado a entrar a la gloria de la vida?...

¿Y más allá aún? ¿Será posible que, en la infancia de la organización, en la planta que debe la claridad, en la hoja de acanto que vuelve amorosamente su cara al sol, en las moléculas del agua que buscan el equilibrio, en el monismo de la materia, en fin, palpite en forma embrionaria ese espíritu divino que en el hombre se manifiesta en sed de saber?...

¿Es que nosotros podemos responder a este hondo misterio con un **no** o un **sí**, pedantesco? Nos vemos, nos oímos, nos comprendemos, y dentro de nuestra relatividad, constatamos que el ansia de saber pertenece solamente al cerebro humano. Comprendemos todo lo que en la relatividad de nuestra vida se nos presenta bajo la evidencia de los sentidos, pero, ¿tenemos los sentidos de los animales o los sentidos — llamémosles así, — de la célula, para **ver** en el misterio de sus respectivas vidas?...

¿Dónde vamos con esta inmensa sed de saber que nos devora el alma? ¡Saber, saber cada vez más, ese es nuestro anhelo!... Inventamos millones de teorías, lanzamos a la inmensidad de lo desconocido las flechas de oro de las hipótesis y con nuestra mirada febriciente, al débil fulgor de esa chispa perecedera, tentamos sondear las espesas tinieblas de lo que aún no sabemos. Y generalmente, después de habernos asomado a la ventana para penetrar la sombra de esa noche sin amanecer, volvemos atrás la cabeza enloquecidos, y lanzamos una verdad a los cuatro vientos de la tierra, donde pululan ejércitos de fantasmas desprovistos de oídos para recoger los rumores del viento que canta, todas las mañanas, la eterna victoria de la luz sobre las tinieblas...

Aumentamos todos los días el tesoro de nuestro saber y, como el avaro que a medida que acrecienta su caudal, más anhela poseer, en la febriciente ansia de acumular conocimientos, la magnitud de la inmensa montaña de verdades que vamos formando a nuestro lado más nos alienta cuanto más crece. ¿No llegaremos algún día a sentirnos pletóricos de saber y a sentir que nuestro cerebro no podrá sistematizar ni siquiera los elementos de tantas ramas nuevas que surgirán del viejo y eterno tronco de la Sabiduría?

Nos admiramos de Thales, que resumió los conocimientos va-

gos y dispersos de la antigüedad: vemos en Aristóteles un genio porque en su cerebro dió unidad a todo el saber científico que existía hace dos mil años... Con esto a la vista, ¿podemos imaginar talentos que lleguen en lo futuro a unificar la inmensidad de datos científicos que existían? Cierto es que en los organismos complejos el trabajo se divide en todos los órganos y que a medida que aumenta la complejidad, más se especializa el trabajo de cada parte. Siguiendo este orden de ideas ¿hemos de creer, pues, en una remota humanidad de obreros dedicados cada cual a una labor particular y construyendo, con su respectivo trabajo, un todo armónico y maravilloso? Ellos no podrán seguir en sus complicaciones el movimiento del mecanismo que hará marchar a la inmensa y compleja sociedad, pero en cambio tendrán la divina alegría de mirar el conjunto portentoso. Verán el resultado de la suma, sin llegar a la intrincada trabazón de los factores.

¿Y acaso nosotros, ante lo desconocido, no estamos colocados en análoga situación? ¿No nos hemos conformado, después de dos mil años de locuras metafísicas, con admirar el fenómeno, incapaces de descifrar el misterio impentrable del noumenos?

¡Pensad en lo horroroso que sería el estado de un mundo donde no se sintiera la sed de saber! ¡Imaginaos las torturas más espantosas que se puedan infligir a las carnes; pensad en los más hondos dolores de que pueda ser susceptible el alma humana, y nunca llegaréis a concebir un castigo más espantable que aquel que nos quitara del cerebro este divino tormento de saber que nos hace ascender hasta los dioses.

¡Pensar que en el mundo existieran auroras que nosotros miraríamos con indiferencia; pensar que en los campos crecieran flores multicolores y perfumadas que nosotros pisaríamos sin mirarlas, sin acercarlas a nuestro rostro para aspirar su perfume; imaginarse que nuestros niños se arrastrarían por los suelos como gusanos, sin llenarnos el alma de encanto con sus curiosidades adorables y sus gritos de alegría ante las revelaciones súbitas y radiantes; pensar que la vida toda no sería para nosotros ese divino misterio que nos estremece con sus impenetrabilidad formidable!...

¡Qué gran cosa es ser pequeños, ante el infinito de sombras que tenemos delante de nosotros! ¿Qué haríamos, que seríamos, si fuéramos omniscientes, si no existiera ante nosotros lo desconocido que nos llena el alma de deseos, de terrores, de esperanzas, de ensueños, y ante la espantable negrura del cual, nosotros, míseras luciérnagas despavoridas, nos vamos acercando, acercando cada vez más, para ir acumulando en un soloház todas nuestras humildes lucecillas, e ir al encuentro de la Noche, unidos amorosamente?...

EDMUNDO BIANCHI.

Montevideo.

Por el primer congreso de la Internacional Intelectua

A principios del siglo XX el progreso del pensamiento humano parecía subordinada a la colaboración de todos los hombres, de todas las naciones, de todos los países. Antes de la guerra mundial, los sabios, los escritores y los artistas de todos los países habían adoptado un régimen de trabajo en común y de intercambios intelectuales, basado sobre un acuerdo tácito. La **Internacional de la Inteligencia** existía en principio y funcionaba por necesidad sin haberse hecho ninguna convención formal.

La Guerra no ha dejado subsistir este bosquejo. Esta virtuosa **Internacional** no había previsto los conflictos internacionales, era precaria en la paz, y dejó de funcionar desde el primer cañonazo.

Durante cinco años los intercambios intelectuales, que aseguran el bienestar profundo del mundo, fueron absolutamente nulos. Arrastrados por la pasión, por el sentimiento, por parásitas ambiciones, muchos espíritus también se esforzaron en dar a esta ruptura un carácter irreparable. Se han tomado en todos los países disposiciones para que la desunión intelectual sobreviviera a la querella armada.

Sin embargo, muchos intelectuales, fieles a su misión que es de asegurar a través de las discordias y de las luchas políticas o sociales, el desarrollo continuo de las ciencias, las letras y las artes, durante este período han entrevisto el peligro corrido por el espíritu humano.

Testigos del avasallamiento después de la decadencia del pensamiento, pública o secretamente han retirado su adhesión al estado de cosas instaurado por la guerra, y por la evolución enfermiza y continuamente delirante del sentimiento nacional. Estos hombres han comprendido que cualquiera que fuera el resultado de la guerra, el pensamiento, oprimido, escarnecido, reducido al silencio o a la esclavitud, estaba en todas partes vencido. Este deshecho primaba sobre todo.

Estos hombres hacen de su llamado el deseo de un nuevo y estable régimen de inteligencia humana, un régimen capaz de asegurar la independencia esencial y el modo de defenderse; un régimen que dé al espíritu la fuerza de resistir a toda empresa de violencia. Anhelan la creación de una **Internacional del Pensamiento** que no sea incompatible con un bien entendido amor a la tierra natal, pero que crea y conserve pura una atmósfera moral necesaria **para investigar la verdad**, el objeto más alto para los hombres de pensamiento, la base indispensable de todo progreso individual o social, la prenda más querida de la unión soñada entre los pueblos.

La falsa paz actual es poco propicia para la continuación de las relaciones intelectuales internacionales. La fatiga y el desaliento son muy grandes en todos los países; el reino de la desconfianza ha dejado tales rastros que los más generosos arrojos pierden rápidamente su eficacia; por otra parte, el desequilibrio financiero del mundo interpone entre las naciones imprevistas barreras, algunas veces inquebrantables. A pesar de todos estos obstáculos, los hombres de buena voluntad que tienen alguna esperanza sobre la organización de una **Internacional Intelectual** están resueltos a hacer un gesto de concordia previamente a toda colaboración efectiva.

El **Congreso Internacional de Intelectuales** tendrá lugar en Berna en el primer semestre del corriente año. Los organizadores del Congreso hacen un llamado a todos los hombres de pensamiento, sabios, artistas, filósofos y escritores que compenetrados del carácter ante todo humano, es decir, internacional de su misión, se encuentren de acuerdo en reprobar el rol que la guerra acaba de imponer al espíritu, y soliciten la constitución de una **Liga Internacional de Intelectuales.**

El programa del Congreso tendrá estas bases fundamentales.

El Congreso consagrará sus trabajos a la organización de esta nueva **Internacional** de que ella será el acto inicial.

Todo versará sobre el porvenir sin recriminaciones vanas sobre el pasado. El Congreso estudiará los medios para hacer de esta Internacional una realidad durable y fecunda.

Persuadidos de la inmensidad de su tarea, está decidido a purificar, a clarificar.

Sean cuales fueren nuestras preferencias políticas, nuestra primera palabra, será: Internacionalismo.

Proclamemos la cooperación de todos los pensamientos libres del universo:

A todos los hombres que poseen el sentimiento de sus responsabilidades, el culto del espíritu, el deseo de un orden real y la pasión de la libertad, les dirigimos nuestro llamado.

Dentro del caos del mundo, hermanos, unámosnos!

Romain Rolland.
Henri Barbusse.
Georges Duhamel.

(De "L'Umanité").